

Señor mayordomo, directivos de la Hermandad, distinguidas autoridades, señor cura, señoras y señores:

Suelen manifestar los pregoneros, con mayores o menores dosis de humildad, su sorpresa por haber sido elegidos para tan honroso menester. Esto es, sin duda, un tópico. Pero en el caso de quien les habla, es algo cierto. Les prometo que me dejó perplejo que pudieran acordarse de mi persona para esta tarea, y que sigo sin comprender cómo se les ocurrió pensar en este seguro servidor de ustedes.

Así las cosas, acepté, porque es muy difícil negarse a lo que pide Juan José Naharro, vuestro veterano mayordomo, todo un ejemplo de trabajo y servicio, y porque no es cosa de eludir el compromiso con una espectadora tan excelsa como la que hoy nos contempla. Les agradezco, cómo no, la confianza que en mí han depositado de manera creo que un tanto a la ligera. Seguramente se arrepentirán. Además, llegado el momento de la verdad, soy consciente también de que corro el riesgo de aburrirles hasta la saciedad, cuestión por la que les pido de antemano perdón. A lo hecho, pecho; y que Dios me la depare buena, puesto que la cosa ya no tiene remedio.

Les prometo, eso sí, que de un modo correlativo a la confianza que han depositado en mí me esforzaré en cumplir dignamente con la tarea. Tengo que hacerlo por ustedes, y por lo que ustedes representan, y porque se celebra a la Virgen de Belén, y no es cosa de hacer el ridículo ante tan singular escuchante, aunque sé que ella será indulgente. Espero que ustedes también lo sean.

El caso es que, tras recibir el encargo, empieza uno a buscar palabras adecuadas, a intentar hilvanar frases, si puede ser sonoras y redondas, que muevan la sensibilidad de los oyentes y les anime a participar en las fiestas; esa es, no lo olvidemos, la misión del pregonero. Pero, después de darle no sé cuántas vueltas al asunto, resulta que el esfuerzo parece en vano. No encuentro palabras certeras que, ensambladas con sentido común, conformen un discurso creíble y, en la medida de lo posible, entretenido.

Y uno, que está acostumbrado a decir mucho y a escribir mucho, con mejor o peor tino, se inquieta porque no da con la clave. Y eso, créanme, es angustiante. Se desespera uno. Al pregonero, curtido en el arte de improvisar en mil circunstancias, se le hace muy

cuesta arriba el constatar que no dispone de los recursos suficientes. Sin saber por qué, parece que uno esté mudo, que su imaginación no da para más, que se halla destinado irremediabilmente al fracaso, porque no es capaz de captar el sentido de lo que tiene que pregonar. Las palabras huyen, con torpeza se buscan frases que no se dejan ver...

Les confieso que nunca me he visto en otra ocasión como esta. Me planteo una y otra vez posibles temas sobre los que disertar aquí durante unos minutos. ¿Les comento algún episodio histórico? No, no lo veo. ¿Les refiero lo bonito que está el campo en primavera, y qué bien queda la procesión, si es que el tiempo no la estropea? Flaco argumento. ¿Reflexiono sobre la importancia de las cofradías y hermandades en la fe popular? Buen tema, pero me sobrepasa. ¿Dedico un rato a recordar mis tiempos municipales, y aprovechando las circunstancias les hablo del compromiso de las autoridades con la Virgen de Belén, a la que siempre acompañan en sus procesiones? No me cuadra. Así uno, y otro, y otro argumento. Así un puñado de páginas emborronadas que acaban irremediabilmente en el cesto de los papeles.

En este punto muerto se encontraba la redacción del pregón cuando, después de dar vueltas y vueltas al asunto sin orientarme, sin intuir el norte, encontré la inspiración. Vinieron en mi auxilio las musas, suelen decir quienes escriben. Pero, en este caso, me permitirán que les diga que no fueron aquellas las que me soplaron. Me malicio que, en su infinita bondad, fue la Señora que preside este acto la que, en una demostración de no poca misericordia, decidió sacar a este pregonero del embrollo, seguramente para evitar que les maree a ustedes con divagaciones sin sentido. Ya saben que hay veces en las que uno puede hablar durante horas sin decir nada.

Siguiendo tan impar orientación, creo que di con la clave, que intuí por dónde debía discurrir el hilo de mi discurso. Y comprendí con meridiana claridad que mi labor de hoy aquí, entre ustedes, es vana. Que nada pinto pregonándoles esta festividad. Que nada tengo que decirles.

Y esto es por una razón sencillísima. No soy yo quien pregona.

Son ustedes los pregoneros. Todos ustedes, y todos los que, desde hace generaciones, han venido transmitiendo de padres a hijos una fe que tanto les aporta y tanto les ayuda.

Son ustedes, cuando llevan las andas de la Virgen con emoción y con el recuerdo bien presente de sus antepasados, que durante años acudieron a las procesiones, que les llevaron a ustedes bien cogidos de la mano, enseñándoles en silencio cuánto bueno hay, cuánta felicidad puede encontrarse en cosas tan sencillas.

Son ustedes, que llevan con orgullo sus medallas de la Virgen de Belén; ustedes, que le confían sus cosas; que le cantan; que la invocan; que le piden algo, tantas veces para los demás: para un hijo, para un padre, para un amigo... Ustedes que le hacen promesas y las cumplen con agrado.

Ustedes son los verdaderos pregoneros. Ustedes, con su fe, difunden un impagable mensaje de alegría y esperanza. Son ustedes, cuando se esfuerzan en dar solemnidad a una romería centenaria, quienes proclaman tantas cosas que al pregonero de hoy sumen en la tentación de enmudecer para escuchar el clamor de su silencio, del de ustedes, hoy, aquí, en esta ermita; en la pulsión de callar para percibir el runrún de la historia pequeña de tantos y tantos romeros y cofrades que han transitado por los caminos y las lomas que rodean este templo, siempre con vítores a su Señora.

Amigas y amigos. Nos toca atravesar este valle de lágrimas en tiempos bien difíciles, no sólo por las circunstancias económicas que tanto angustian a millones de familias. Son tiempos duros, también y muy especialmente, para la fe. Vivimos en un mundo en el que prima lo tangible y lo inmediato. En el que muchos valores parecen prescritos por la fuerza de utilitarismos exacerbados. Malos momentos, por tanto, para anunciar creencias y anhelos, de no ser porque hay personas que no están dispuestas a renunciar a ello.

Porque, felizmente, ustedes, los creyentes, los fieles hijos de la Virgen de Belén, proclaman a los cuatro vientos mensajes de esperanza y de confianza, que tanto bien hacen. Son ustedes, que predicán con el ejemplo de su compromiso y de su fidelidad, los genuinos pregoneros de esta fiesta.

Ustedes no necesitan de mí para que les hable de nada, puesto que nada sé. Ustedes, amigas y amigos, con su presencia hoy, proclaman las excelencias de la Virgen de

Belén, y lo hacen con el silencio de quienes saben conversar con quien no necesita del sonido de las sílabas.

Ustedes vienen pregonando a la Virgen y a sus fiestas desde hace siglos, porque ustedes son los herederos de creencias y tradiciones, porque representan a generaciones de zafrenses y porque de ustedes heredarán sus hijos el amor por la Virgen de Belén, y estos seguirán, incansablemente, esforzándose en que año tras año no falte la romería que es también símbolo de Zafra. Qué mejor pregón que ser testigo y dar fe de todo cuanto ustedes representan, que proclamar con toda la humildad el mayor de los respetos por su ejemplo.

Este, amigas y amigos, es el verdadero pregón de hoy. El que ustedes hilvanan año tras año, silencio tras silencio, emoción tras emoción, primavera tras primavera, vida y muerte, pasión y resurrección, llanto y alegría, esperanza tras el caos, amor sin límites, fe sin límites.

Gracias, amigas y amigos, por haberme servido de inspiración. Ya no me hacen falta más palabras; no es necesario que me extienda más. Todo aquello que tenía que decir, está dicho. La misión del pregonero, que no ha sido tal, ha terminado. Gracias por haberme concedido el honor de aprender tanto de ustedes. Muchas gracias. ¡Viva la Virgen de Belén!

Juan Carlos Fernández Calderón